

Pensar la política

Pierre Bourdieu¹

Traducción de David Velasco, sj

Vivimos inmersos en la política. Nos bañamos en la flota inmutable y cambiante del abordaje cotidiano sobre las posibilidades y los méritos comparados de candidatos intercambiables. No tenemos necesidad de leer los editorialistas del cotidiano o semanario o sus obras de "análisis" que florecen en la sesión electoral y que irán a reunir las armonías teñidas de los libreros de viejo, pastura de los historiadores de ideas, luego de un breve paso en la lista de los best-sellers: sus autores nos ofrecen en todas las radios y todas las televisiones las "ideas" que no son tan fáciles de recibir sino porque se agitan "ideas recibidas". Todo se puede decir y volver a decir indefinidamente, puesto que eso hace que no se diga jamás nada. Y nuestros debatientes apuntados que se reencuentran a hora fija para discutir de la "estrategia de Raymond Barre", de la "imagen de Chirac" o de los "silencios de Mitterand", dicen la verdad de todo el juego cuando expresan la esperanza que su interlocutor no estará de acuerdo "porque pudiera tener un debate". Los propósitos sobre la política, como las palabras en el aire sobre la lluvia y el buen tiempo, son de esencia volátil y el olvido continuado, que evita descubrir la extraordinaria monotonía, es lo que permite al juego continuar.

Si es verdad que, como lo pensaba Durkheim, la ilusión de la comprensión inmediata es el principal obstáculo para la ciencia del mundo social, no es sin duda nada que sea más difícil de acceso que la cotidianidad política. Esta región del mundo social, más que ninguna otra, produce e impone su propia representación por sí misma: aquellos que de eso hacen su negocio han pasado dominios en el arte de la presentación de sí que es una de las condiciones de la acumulación de esta especie particular de capital simbólico que es el capital político; ellos no van más hoy sin un acompañamiento de directores de escena que importan en la práctica política una versión semierudita de la ciencia social; sus actos y sus propósitos hacen el objeto de una exégesis permanente que, bajo apariencia de objetivarla, participa del objeto y contribuye a la representación. Es en ese punto, estratégico, donde se sitúan los "políticos mediadores", modernos herederos de aquellos que Platón llamaba los doxosofos, personajes ambiguos, que tienen un pie en la ciencia y otro en el objeto de la ciencia: sabios aparentes, se sirven de la apariencia de ciencia que saben exhibir, para intervenir, a nombre de la ciencia, en la realidad que ellos fingen analizar; sabios de la apariencia, ellos dominan también las recetas y las astucias de la representación política para explotarlas bajo apariencia de analizarlas.

El error, para la ciencia, sería detenerse en la crítica de sus errores científicos. Ahora que se trata de analizar la posición y la función que los tienen en el nuevo espacio político, que caracteriza precisamente su intervención. Y eso, a riesgo de parecer su acuerdo el reconocimiento que implica toda verdadera discusión científica o, en lo opuesto, de exponerse al reproche de someterlos a una demolición básicamente reductora, digna de las jornadas satíricas. Este atentado contra las normas de la decencia social, cuya observancia es aquí como en otras partes uno de los obstáculos mayores al progreso del conocimiento científico, será sin duda otro tanto, menos perdonado que si se acompaña de otra trasgresión, aquella que consiste en cruzar la frontera sagrada entre la cultura y la política,

¹ Publicado en Actes de la Recherche en Sciences Sociales 1988, No. 71-72, pp. 2-3

el pensamiento puro y la trivialidad del ágora: rompiendo con eso que hace el cuidado inimitable de todas las rupturas iniciáticas - entre la ontología y la antropología para unos, la ciencia y la ideología para los otros -, de todas las separaciones sacralizantes con los profanos que permiten sentirse de una esencia superior, es necesario bajar sobre la plaza pública. Pero no se puede evitar jugar ahí un *remake* más o menos logrado de la tragicomedia del filósofo-rey, o del filósofo-mercenario, sofista o doxosofo, a condición de armarse de todos los instrumentos de ruptura, de puesta a distancia, de *extrañamiento* como dicen los formalistas rusos. Uno de los más eficaces es la reconstrucción de la génesis histórica, cuyo olvido está al principio de la ilusión de la evidencia - tan poderosa que ella abusa de los ilusionistas mismos. Pero pensar la política sin pensar políticamente, es también y sobre todo aplicarle modos de pensamiento que, casi siempre, han sido contruidos contra ella, puesto que transgrede el límite que está al principio de su elaboración. Esto opera la conversión de la mirada que es necesaria para someter realidades tan triviales como una sigla política, un título en un diario o un afiche electoral en la misma cuestión la más radical, aquella que se reserva de ordinario a los objetos más raros de la exégesis filosófica o religiosa, y que se dispensa esta mezcla mundana de un análisis fenomenológico sin rigor y de un análisis estructural sin necesidad que practiquen voluntarios los espíritus preocupados de "modernidad". No se tiene cualquier oportunidad de comprender verdaderamente todo eso que pone en juego la comprensión inmediata de un "golpe mediático", de un juego de palabras de *Liberación* o de un deseo de Claire Bretecher, sino a condición de hacer un trabajo análogo a aquel que deben realizar el etnólogo, el etnobotánico o el etnolingüista para llevar al día los esquemas cognitivos que están investidos en actos, discursos u objetos extraños a su tradición. Pero, en este caso, se debe por otra, guardarse sin cesar de las intuiciones de la familiaridad que, porque ellas comprenden muy bien categoremas como la oposición entre la derecha y la izquierda, objetos como la urna o el aislador, o representaciones como el queso por el cual se figura la distribución de las voces, prohíben comprender realmente el principio mismo de la comprensión.